

casca; — ¿qué nueva miseria es esta? ¿qué queréis?

—Una palabra — respondió Heyling.

Al mismo tiempo se sentó al otro extremo de la mesa, y apartando su capa y alzando su sombrero, se descubrió.

El viejo cayó sobre su silla, y reuniendo las manos, contempló aquella aparición con una mirada de pavor y sorpresa.

—Hace hoy seis años — dijo Heyling, — que he reclamado de vos la vida que me debíais para mi hijo. Viejo, junto al cadáver de vuestra hija he jurado vivir una vida de venganzas; desde entonces no me he arrepentido de mi juramento; pero si hubiera sido capaz de arrepentirme, el recuerdo sólo de una mirada de aquella criatura, cuando se moría sin quejarse ante mis ojos, el recuerdo del rostro hambriento de nuestro desgraciado hijo, me hubiera fortificado para el cumplimiento de mi promesa; ya os acordáis de mi primera revancha; esta es la última.

El viejo se estremeció, sus manos cayeron con fuerza á un lado y otro.

—Mañana yo salgo de Inglaterra — continuó Heyling, después de una pausa; esta noche os entrego á la muerte viva á que vos me condenasteis, á una prisión sin esperanza...

Al decir esto, dirigió una mirada al viejo, cesó de hablar, acercó la luz á su rostro descarnado, la puso después en la mesa, y salió de la habitación.

Haréis bien en subir al cuarto del viejo; creo que está un poco malo — dijo á la mujer abriendo la puerta de la calle y haciendo señas al guardia de que subiera; la mujer cerró la puerta, subió lo más aprisa que pudo la escalera, y encontró al viejo muerto.

En uno de los valles más apacibles del jardín británico, en uno de los cementerios más tranquilos del condado de Kent, donde las flores salvajes se enlazan con el césped, donde los pájaros cantan sin cesar, reposan en paz bajo una humilde y bella tumba la madre y el hijo; pero las cenizas del padre no están unidas á las suyas, y después de su última expedición, el procurador no volvió á tener noticia alguna de su singular cliente.

Quando el viejo curial terminó su narración, se levantó, descolgó de una percha su sombrero y su redingot, y después, sin decir palabra, se marchó lentamente; el caballero de los botones de mosaico estaba dor-

mido y los demás se disponían á hacer lo mismo; mister Pickwick se retiró sin ser notado, pagó su gasto, lo mismo que el de Sam, y los dos se alejaron de *La Marica*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPITULO XXII

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Mr. Pickwick se traslada á Ipswich, y encuentra una aventura romántica en la persona de una dama de cierta edad.

—¿Este es el equipaje de tu amo, Sammy? — preguntó Mr. Weller el mayor á su afectuoso hijo, cuando éste entraba con un saco de viaje y un pequeño gabán en el patio del hotel de *El Toro*, en *Whitte-Chapel*.

—En seguida viene — dijo Sam; — aquí está.

Y en efecto, Mr. Pickwick bajaba de su cabriolet y entraba en el patio, mientras mister Weller pronunciaba aquellas palabras.

—¡Magnífica mañana! — dijo éste al filósofo.

—Muy bella, es verdad — respondió éste.

—Muy bella, es verdad — repitió un hombre adornado con cabellos rojos, de nariz puntiaguda, de anteojos azules, y que había bajado de otro cabriolet al mismo tiempo que Mr. Pickwick; — ¿vais á Ipswich, caballero? — preguntó nuestro héroe.

—Sí, señor.

—¡Extraña coincidencia! Yo también voy allá.

Mr. Pickwick le saludó.

—¿Vais fuera?

—Sí, señor.

—¡Dios de Dios, qué rareza! yo voy fuera también.

Al pronunciar estas palabras en tono misterioso é importante, el hombre de los cabellos rojos se puso á sonreír con la misma complacencia que si hubiera hecho uno de los descubrimientos más extraños de que se capaz la sagacidad humana.

—Caballero — dijo Mr. Pickwick, — tengo mucho gusto en teneros por compañero de viaje.

—¡Ah! — contestó el recién venido, que tenía hábito de sacudir la cabeza como un pájaro á cada palabra;

—¡ah! es bueno para los dos la compañía; la compañía... ya sabéis, es una cosa muy diferente de la so-

edad, ¿no es eso?

—Eso es una verdad innegable — dijo Sam mezclándose en la conversación con una amable sonrisa.

—¡Ah! — dijo el hombre de los cabellos rojos, mirando á Sam de arriba abajo; — ¿el señor es uno de vuestros amigos?

—No, señor — respondió Mr. Pickwick en voz baja; — es mi criado; pero suelo permitirle algunas libertades, porque, entre nosotros, tengo orgullo en que sea tan original.

—¡Ah! — dijo el hombre de los cabellos rojos, — eso va en gustos; yo no gusto de lo original; no me llama la atención, ni veo la necesidad de semejante cosa; ¿cómo os llamáis, caballero?

—He aquí mi tarjeta — respondió Mr. Pickwick, muy divertido por lo brusco de la pregunta y por las singulares maneras del desconocido.

—¡Ah! — dijo el hombre de los cabellos rojos, poniendo la tarjeta en su cartera; ¿Pickwick? muy bien; á mí me gusta saber el nombre de las personas; es cosa muy útil; he aquí mi tarjeta; Magnus, como veis, caballero, Magnus es mi nombre; es un nombre muy bonito, ¿no es verdad?

—Muy bonito, sí — replicó Mr. Pickwick sin poder contener una sonrisa.

—Sí, ya lo veo; hay otro nombre muy bonito delante del apellido; permitidme, caballero; inclinando la carta un poco de este modo, el nombre se ve... mirad: Peter Magnus; suena bien, caballero.

—Muy bien.

—Curiosa es la coincidencia de estas iniciales, como veis; P. M. *post meridiem*: en las esquelas que dirijo á mis amigos íntimos firmo algunas veces: *después de medio día*. Eso divierte mucho á mis amigos, mister Pickwick.

—En efecto, creo que eso debe procurarles la más viva satisfacción — replicó Mr. Pickwick, que envidiaba la facilidad con que se divertían los amigos de mister Magnus.

Un mozo de cuadra vino á interrumpir la conversación.

—Caballero — le dijo, — el coche está pronto.

—¿Está dentro todo mi equipaje? — preguntó mister Magnus.

—Todo está bien puesto.

—¿El saco rojo está dentro?

—Todo está bien.

—¿Y el saco rayado?

—En el arca de la delantera, caballero.

—¿Y el paquete de papel gris?

—En el asiento.

—¿Y la sombrerera?

—Todo está dentro, caballero.

—Ahora, ¿queréis subir? — preguntó Mr. Pickwick.

—Excusadme — contestó Mr. Magnus, permaneciendo inmóvil sobre la rueda; — excusadme, Mr. Pickwick, no puedo subir en este estado de incertidumbre; de las maneras de este hombre, infiero que la sombrerera no está dentro.

No habiendo podido el mozo de cuadra con las más solemnes protestas convencer á Mr. Magnus, fué preciso, para satisfacerle, sacar de las más profundas cavidades del arca la sombrerera de cartón; pero cuando Mr. Magnus se tranquilizó en lo tocante á su sombrero, sintió infalibles presentimientos, primero, de que el saco rojo se había perdido; segundo de que el saco rayado había sido robado, y después, de que el paquete gris se había descompuesto: al fin, después de haber recibido demostraciones oculares del poco fundamento de sus sospechas, consintió en subir á la imperial del coche, declarando que su espíritu estaba aliviado de toda inquietud, y que se encontraba ya tranquilo y feliz.

—Tenéis los nervios muy susceptibles, — dijo Sam, mirando á Mr. Magnus mientras subía al coche.

—Sí, soy muy susceptible para las pequeñas cosas; pero heme aquí tranquilizado y en calma ya.

—Bien, gracias á Dios: Sammy, ayuda á tu amo á subir: la otra pierna, caballero; eso es, dadme la mano; vamos ¡arriba! Eráis más liviano cuando estabais mandando.

—Es muy probable, Mr. Weller, — respondió mister Pickwick con buen humor.

Cuando hubo tomado asiento junto al corpulento cocher, este continuó:

—Encarámate, Sammy; cuidado con las cabezas al pasar el arco.

El coche empezó á andar á través de White-Chapel, con gran admiración de todo el populacho de aquel barrio, que no es desierto.

—Esta vecindad no es muy bonita, — dijo Sam, con el movimiento de sombrero que acompañaba siempre su entrada en conversación con su amo.

—Es verdad, Sam, — replicó Mr. Pickwick, examinando las calles sucias y llenas de escombros por donde iba pasando el coche.

Mr. Weller, con su conversación animada y picante, entretuvo los ocios del viaje; los motivos de conversación no faltaban, y cuando por casualidad parecía disminuir momentáneamente la locuacidad del cocher, mister Peter Magnus llenaba abundantemente el intervalo

con observaciones sobre la historia personal de sus compañeros de viaje, y con la ansiedad que expresaba á cada parada, temiendo por la seguridad y bienestar de los dos sacos, de la sombrerera de cartón y el paquete de papel gris.

A la izquierda, en la gran calle de Ipswich, á poca distancia del ayuntamiento, se encuentra la posada conocida con el nombre de *El Gran caballo blanco*: encima de la puerta principal se ve una gran estatua de piedra, que representa un animal rampante, con una cola y una crin que flotan al viento, y que se parece poco más ó menos á un caballo: la posada de *El gran caballo blanco* es famosa en la comarca por su talle gigantesco; jamás bajo ningún techo se ha visto tal laberinto de corredores, de habitaciones húmedas y oscuras, en fin, tan gran número de pequeñas celdas para comer y dormir.

A la puerta de esta posada hidrópica se detiene el coche de Londres todas las tardes, y del tal coche bajaron Mr. Pickwick, Peter Magnus y Sam Weller en la noche á que se refiere el presente capítulo de esta historia.

—¿Estaréis aquí mucho tiempo, caballero? — preguntó Mr. Peter Magnus, cuando el saco rayado, el saco rojo, la sombrerera de cartón y el paquete de papel gris fueron depositados en el suelo, uno después de otro.

—Sí señor, — respondió mister Pickwick.

—¡Dios de Dios! — exclamó Mr. Magnus; — no he visto en mi vida nada más notable que esta coincidencia. Pues bien; yo también, yo me quedo aquí; espero que comeremos juntos.

—Con mucho gusto, — contestó el filósofo; — sin embargo, será probable que yo encuentre aquí algunos amigos: mozo, ¿hay en el hotel algún caballero llamado Tupman?

Un hombre corpulento, con una servilleta bajo el brazo, se dignó dejar de mirar á la calle al oír la pregunta de Mr. Pickwick, y después de haber examinado cuidadosamente la apariencia del sabio, le respondió con enfasis:

—No.

—¿Ni un caballero llamado Snodgrass? — continuó mister Pickwick.

—No.

—¿Ni un caballero llamado Winkle?

—No.

—Mis amigos no han llegado hoy, y por consiguiente, caballero, comeremos juntos: mozo, llevadnos á un comedor particular.

En virtud de esta petición el hombre corpulento ordenó á otro mozo que trajera los equipajes de aquellos señores; después los condujo, al través de un largo corredor, á una sala destartada y grande; al cabo de una hora sirvieron á nuestros viajeros un plato de pescado y unas chuletas, y al fin, cuando concluyó la comida, Mr. Pickwick y Mr. Peter Magnus, acercando sus sillas al fuego, pidieron una botella de vino de Oporto, el más malo posible, al precio más elevado posible, y bebieron aguardiente y agua caliente.

Mr. Peter Magnus era naturalmente de una disposición muy comunicativa, y el licor hizo salir de su boca los secretos más escondidos de su corazón. Después de haber dado numerosos informes sobre sí mismo, sobre su familia, sus amigos, sus bromas, sus negocios, Mr. Peter Magnus contempló á Mr. Pickwick durante algunos minutos, y dijo después con aire de modestia:

—Y ahora, Mr. Pickwick, ¿qué pensáis que vengo yo á hacer aquí?

—A fe mía, me es enteramente imposible adivinarlo; ¿á algún negocio, tal vez?

—Casi tenéis razón, casi os equivocáis; á ver, decid otra vez...

—Ciertamente, si no me lo decís...

—Pues bien, — contestó Mr. Magnus con una sonrisa de timidez; ¿qué pensaríais, Mr. Pickwick, si os dijera que he venido á hacer una declaración de amor y una petición de matrimonio? ¿eh, qué os parece?

—Me parece que es muy probable que lo consigáis, — respondió el amable filósofo.

—¡Ah! Mr. Pickwick, ¿lo creéis así? ¿lo creéis?

—Ciertamente.

—No, ¡os burláis, de seguro!

—No me burlo.

—Pues bien, acá para entre los dos, yo creo eso también: os diré, Mr. Pickwick, aunque soy celoso como un tigre, os diré que la dama está en esta casa.

Al pronunciar estas palabras, Mr. Magnus se quitó sus espejuelos azules para guiñar el ojo, y se los volvió á poner con aire resuelto.

—Por eso, sin duda, — dijo Mr. Pickwick con malicia, — salíais del comedor á cada momento.

—Chitón... es verdad, era por eso; sin embargo, no era yo bastante loco que fuera á verla.

—¿Por qué?

—Esto no conviene después de un viaje; es mejor mañana; entonces tengo más probabilidades de éxito. Mr. Pickwick, hay en este saco un traje y en esta caja un sombrero, que son inestimables para mí, por el efecto que espero producir con ellos.

—¿De veras?

—Sí señor; debéis haber observado mi ansiedad por estos objetos durante el viaje: no creo, Mr. Pickwick, que se puedan conseguir por dinero otro traje y otro sombrero como estos.

Nuestro filósofo felicitó por su dicha al poseedor del vestido irresistible, y Mr. Peter Magnus permaneció durante algún tiempo absorbido en la contemplación intelectual de su tesoro.

—¡Es una bella criatura! — dijo al fin.

—¿De veras?

—¡Encantadora, divina! Vive á diez y ocho millas de aquí, Mr. Pickwick; he sabido que estará aquí esta noche y mañana, y he corrido para aprovechar la ocasión. Pienso que una posada debe ser un lugar muy favorable para hacer proposiciones á una mujer sola, porque cuando esa mujer viaja, debe sentir su soledad más que estando en su casa: ¿qué pensáis de esto, Mr. Pickwick?

—Me parece en efecto muy probable.

—Os pido perdón, Mr. Pickwick, pero soy naturalmente muy curioso; ¿por qué causa os encontráis aquí?

El rostro de Mr. Pickwick se encendió al recordar el motivo de su viaje.

—El motivo que me trae aquí, — respondió, — no es muy agradable; vengo aquí para desenmascarar la perfidia y la falsedad de una persona en cuyo honor tenía yo entera confianza.

—¡Dios de Dios! ¡eso es muy desagradable! alguna dama, sin duda. ¡Ah, Mr. Pickwick!... yo no quisiera herir vuestra delicadeza por nada de este mundo; que no sea yo un estorbo, si queréis dar libre curso á vuestra pesadumbre; yo sé lo que es eso, caballero; yo he sido víctima de lo mismo tres ó cuatro veces.

—Os doy gracias por vuestra simpatía, — dijo mister Pickwick, — pero...

—No, — interrumpió mister Peter Magnus, — ni una palabra más; es un asunto penoso, ya lo comprendo; ¿qué hora es, Mr. Pickwick?

—Más de media noche.

—¡Dios de Dios! ya es tiempo de irse á la cama; ¡qué tontería estar levantado hasta tan tarde! estaré pálido mañana por la mañana.

Consternado por la idea de tal calamidad, mister Peter Magnus tiró de la campanilla; una criada apareció, y el saco rayado, el saco rojo, la sombrerera de cartón y el paquete de papel gris fueron transportados á la alcoba, donde se retiró, mientras Mr. Pickwick, con su candelero en la mano, era conducido por otra galería al través de un dédalo de pasajes tortuosos.

—He aquí vuestra habitación, — dijo la criada.

—Muy bien, — respondió Mr. Pickwick mirando en torno suyo.

Era una gran habitación de dos camas, en la cual había fuego; habitación que parecía más cómoda de lo que mister Pickwick esperaba encontrar en *El Gran caballo blanco*.

—No hay que advertir que nadie duerme en la otra cama, — dijo.

—¡Oh! no señor.

—Muy bien; decid á mi criado que no tengo necesidad de él esta noche, y que me traiga agua caliente mañana á las ocho de la mañana.

—Sí señor.

La criada se retiró después de haber dado las buenas noches al filósofo; Mr. Pickwick, al quedar solo, se sentó en un sillón junto al fuego y sumergió su espíritu en profundas meditaciones; primero pensó en sus amigos y se preguntó cuándo vendrían á unirse á él; después su espíritu se ocupó de mistress Bardell, y de esta dama pasó, por natural transición, al inmundo despacho de Dodson y Fogg; y de allí se escapó por la tangente al centro mismo de la historia del singular cliente; después volvió á la posada de *El Gran caballo blanco*, en Ipswich. Mr. Pickwick sacudió la cabeza, ya principiaba á desnudarse, cuando recordó que había dejado el reloj en la mesa del comedor.

Aquel reloj era uno de los bienes muebles favoritos de Mr. Pickwick, y lo había llevado á todas partes durante muchos años. No hubiera comprendido el filósofo la posibilidad de dormirse sin oír el tic-tac de aquel reloj; por consiguiente, como era tarde y no quería hacer resonar la campanilla á tales horas, se puso la ropa que se había quitado, y tomando la vela, bajó tranquilamente la escalera.

Pero cuanto más bajaba Mr. Pickwick, más le parecía que quedaba todavía por bajar, y muchas veces después de haber llegado á un estrecho pasaje y felicitándose por haber encontrado el piso bajo, sucedía que mister Pickwick veía ante sí otra escalera para bajar más; al cabo de un cierto tiempo, llegó á una sala embalsada que recordó haber visto cuando entró en la fonda; con nuevo valor exploró corredores uno á uno, entreabrió algunas habitaciones, y al cabo, cuando iba á poner fin á sus investigaciones, se encontró en el comedor, y vió su reloj sobre la mesa.

Mr. Pickwick tomó su reloj con aire de triunfo, y empezó á desandar lo andado, para dirigirse á su cuarto; pero si el trayecto para bajar había estado lleno de dificultades é incertidumbres, el viaje para su-

bir fué mucho más embarazoso; en todas las direcciones posibles se veían filas de puertas; una docena de veces dió vueltas Mr. Pickwick á las llaves de otras tantas, mientras un grito interior de ¿quién anda por ahí? ó ¿qué buscáis aquí? le hacía escapar con una celeridad maravillosa; se encontraba nuevamente reducido á la desesperación, cuando una puerta entreabierta llamó su atención; alargó la cabeza y miró adentro; ¡gracias á Dios! los dos lechos estaban allí, en la colocación que él recordaba perfectamente, y el fuego ardía en el mismo sitio; sin embargo, su vela, que no era muy grande cuando se la dieron, se había corrido y gastado con el aire, y al entrar mister Pickwick en su cuarto, se apagó, abismándose en el candelerio.

—Es igual, — dijo para sí Mr. Pickwick; — puedo desnudarme á la luz del fuego.

Los dos lechos estaban colocados á derecha é izquierda de la puerta; entre cada uno de ellos y la pared había un pequeño espacio, terminado por una silla de paja; después de haber cerrado cuidadosamente las cortinas del otro lado, mister Pickwick se sentó en la silla, se quitó tranquilamente las polainas y los zapatos; después se quitó la corbata, la levita, etc., dobló el chaleco, los pantalones, y sacando su gorro de dormir, lo adhirió sólidamente á su cabeza, anudando bajo la garganta los dos cordones; durante esta operación, Mr. Pickwick, recordando los apuros de su reciente excursión, reía de muy buena gana, y continuaba despojándose de la ropa, cuando fué detenido repentinamente por la entrada imprevista de una persona que llevaba una vela en la mano, y que después de haber cerrado la puerta, se acercó al tocador y puso allí la luz.

La sonrisa que iluminaba el rostro de mister Pickwick fué instantáneamente absorbida por la expresión de la sorpresa y del estupor más completo; la persona, quien quiera que fuese, había llegado tan repentinamente y con tan poco ruido, que Mr. Pickwick no había tenido tiempo de gritar ni de oponerse á su entrada; ¿quién podía ser? ¿un ladrón? Algún individuo mal intencionado, que tal vez le había visto subir las escaleras llevando un buen reloj en la mano; en todo caso, ¿qué debía hacer?

El único medio de que disponía mister Pickwick para observar su misterioso visitante, sin peligro de ser visto, era subir al lecho y entreabrir las cortinas, mirando á la habitación. Recurrió á esta maniobra, y manteniéndolas cuidadosamente cerradas, de manera que no dieran paso más que á su cabeza y á su gorro de dormir, se puso los espejuelos, evocó su valor y miró.

Pero estuvo á punto de desmayarse de horror y con-

fusión, cuando vió en pie delante del espejo á una dama de cierta edad, adornada con rizos de papillot, y activamente ocupada en cepillar lo que las mujeres llaman *su cola*; de cualquier modo que hubiera venido á la habitación, era lo cierto, á juzgar por su aire tranquilo y reposado, que pensaba pasar allí la noche; había puesto con singular precaución la vela dentro de una palangana con agua sobre el suelo, donde la luz brillaba como un faro gigantesco en un mar singularmente pequeño.

—¡Dios me proteja! — pensó Mr. Pickwick; — ¡qué espantosa figura!

—¡Hem! — dijo la dama, y en seguida la cabeza de Mr. Pickwick se ocultó tras las cortinas con la rapidez de una muñeca.

—¡Nunca he oído hablar de una aventura tan terrible! — dijo el pobre Pickwick, cuyo gorro estaba mojado en sudor frío; — jamás; ¡es espantoso!

Sin embargo, no pudiendo resistir al deseo de observar lo que pasaba, asomó de nuevo la cabeza por entre las cortinas.

La situación se empeoraba: la dama de cierta edad, habiendo concluido de arreglar sus cabellos, los había envuelto cuidadosamente en un gorro de dormir de museлина, adornado con una guarnición plegada, y contemplaba el fuego con ademán melancólico y pensativo.

—Esto se va poniendo grave, — pensó Mr. Pickwick; — no puedo dejar que las cosas sigan de esta manera: es evidente para mí, á juzgar por la tranquilidad de esta dama, que he entrado en una alcoba que no es la mía: si habló, alarmará la casa; pero si me quedo aquí, las consecuencias serán más espantosas aún.

Mr. Pickwick era uno de los mortales más honestos y delicados que han existido jamás. La idea de presentarse delante de una dama con gorro de dormir le llenaba de confusión; pero había hecho un nudo á los cordones, y apesar de todos sus esfuerzos, no podía conseguir el deshacerlo; era indispensable hablar, no había más remedio: se retiró detrás de las cortinas y tosío alto: ¡hom! ¡hom!

Al oír aquel ruido inesperado, la dama se estremeció; pero se persuadió bien pronto de que se había alarmado sin razón, y cuando Mr. Pickwick, creyendo que ya la dama estaba desmayada de terror, se aventuró á mirar al través de las cortinas, la vió tan tranquila como antes.

—¡He aquí una mujer muy extraordinaria, — pensó mister Pickwick, metiendo la cabeza: — ¡hom! ¡hom!

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — exclamó la dama: — ¿qué es eso?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1605 MONTERREY, MEXICO

—Es... es un caballero, señora, — dijo Mr. Pickwick detrás de la cortina.

—¡Un caballero! — repitió la dama con terror.

—¡Pecho al agua! — pensó Mr. Pickwick.

—¡Un hombre en mi habitación! — exclamó la dama precipitándose hacia la puerta.

Mr. Pickwick oyó el roce de su vestido. Un momento más, y toda la casa estaba alarmada.

—Señora, — dijo mostrando la cabeza en un acceso de desesperación; — señora...

Mr. Pickwick, al asomar la cabeza por entre las cortinas, no tenía en verdad un objeto determinado; pero esta acción produjo instantáneamente un buen efecto; la dama, como hemos dicho, estaba ya junto á la puerta; era preciso abrirla para llegar á la escalera, y ella lo hubiera hecho en un instante, si la aparición súbita del gorro de dormir filosófico no la hubiera hecho retroceder hasta el fondo de la habitación: allí permaneció inmóvil, contemplando con aire extraviado á mister Pickwick, que á su vez la contemplaba también con extravío.

—¡Miserable! — dijo la dama cubriéndose el rostro con las manos, — ¿qué hacéis aquí?

—Nada, señora, nada, — respondió Mr. Pickwick con calor.

—¡Nada! — repitió la dama alzando los ojos.

Nada, señora, bajo palabra de honor, — continuó Mr. Pickwick sacudiendo la cabeza de una manera tan enérgica, que la borla de su gorro se agitaba convulsamente; — señora, yo me siento agobiado de confusión dirigiéndome á una señora con gorro de dormir (aquí la dama se quitó convulsamente el suyo); pero no puedo quitármelo, señora (al decir esto, Mr. Pickwick dió á su cabeza una sacudida prodigiosa, como prueba de aseveración); ahora, señora, es evidente para mí que me he equivocado de alcoba, tomando esta por la mía; apenas hacia cinco minutos que estaba yo aquí, cuando entrabais vos.

—Si eso que decís es cierto, — replicó la dama sollozando violentamente, — saldréis de este cuarto inmediatamente.

—Sí señora, con el mayor gusto.

—Inmediatamente, caballero.

—Ciertamente, señora; siento infinito... — continuó Mr. Pickwick haciendo su aparición completa al pie del lecho... — siento infinito haber sido causa inocente de tanta alarma y tanta emoción.

La dama señaló la puerta; en aquel momento crítico, en aquella situación tan embarazosa se desplegó admirablemente una de las principales cualidades del ca-

racter de Mr. Pickwick. Aunque se colocó muy aprisa el sombrero sobre el gorro de dormir, aunque llevaba sus polainas y sus zapatos en la mano, y su levita y su chaleco bajo el brazo, no pudo disminuir su habitual urbanidad.

—Siento excesivamente... señora, — dijo saludando muy bajo.

—Si es así, caballero, dejaréis esta habitación inmediatamente.

—Inmediatamente, señora, al instante, — dijo mister Pickwick abriendo la puerta y dejando caer los zapatos con gran ruido; — yo me alabo, señora, — continuó recogiendo sus zapatos y volviéndose para saludar otra vez, — yo me alabo de que mi carácter intachable y el respeto religioso que profeso hacia vuestro sexo, me favorecerán en vuestra opinión.

Pero antes de que concluyera esta sentencia, la dama le había empujado al corredor y había cerrado y atrancando la puerta tras él.

Por mucha satisfacción que experimentara nuestro filósofo en haber acabado con tanta felicidad aquella aventura, su situación en aquel momento no era muy agradable; estaba solo, medio vestido, en un corredor abierto, en una casa desconocida y á media noche; no era probable que pudiera encontrar su habitación en la obscuridad; así es que no tenía más remedio que quedarse allí hasta el amanecer; después de dar algunos pasos por el corredor, tropezando en muchos pares de botas, se arrimó á un ángulo de la pared, para esperar la mañana tan filosóficamente como le fuera posible.

Sin embargo, no estaba destinado á sufrir esta nueva prueba de paciencia, porque no hacia mucho tiempo que estaba allí, cuando con grande horror divisó un hombre que con una luz aparecía al otro extremo del corredor. Pero aquel horror se trocó de repente en alegría, cuando reconoció á su criado: era efectivamente Samuel Weller, que iba á su domicilio, después de haber estado un largo rato en conversación con el mozo que esperaba la diligencia.

—¡Sam! — dijo Mr. Pickwick, apareciéndose de repente delante de él: — ¿dónde está mi habitación?

Sam contempló á su amo con la sorpresa más expresiva, y este había repetido ya tres veces la pregunta, cuando el criado le guió á la alcoba tanto tiempo buscada.

—¡Sam! — dijo Mr. Pickwick, metiéndose en la cama; — he cometido esta noche uno de los *quid pro quos* más extraordinarios que es posible cometer.

—No me admira, — respondió secamente el criado. — Pero estoy determinado, Sam, aunque debiera es-

tar seis meses en esta casa, á no salir nunca solo de mi cuarto.

—Es la resolución más prudente que pudiérais tomar: tenéis necesidad de que alguno os vigile, cuando vuestra razón se va por estos mundos.

—¿Qué quieres decir? — dijo Mr. Pickwick, que levantándose de la cama, extendió la mano como si fuera á hacer un discurso: pero de repente se recostó, y dijo al criado: — buenas noches.

—Buenas noches, señor, — respondió Sam, y salió de la habitación.

Al llegar al corredor, se detuvo, sacudió la cabeza, dió algunos pasos, se detuvo aún, despabiló la luz, sacudió otra vez la cabeza, y finalmente se dirigió con lentitud á su cuarto, sumergido en las más profundas meditaciones.

CAPITULO XXIII

En el cual Samuel Weller se ocupa enérgicamente en vengarse de Mr. Trotter.

Mr. Weller hacía sus preparativos de su vuelta á Londres en la pequeña habitación situada junto á las cuadras de *El Gran caballo blanco*. Ocupábase de la cuestión de víveres: sobre la mesa, delante de él, tenía un cántaro de cerveza, un plato de vaca fría y un pan de respetables dimensiones, objetos á los cuales distribuía alternativamente sus favores con la más rígida imparcialidad: acababa de cortar una gran rebanada de pan, cuando un ruido de pasos le hizo alzar los ojos; la esperanza de su vejez estaba delante de él.

—Buenos días, Sammy, — dijo el padre.

El hijo se acercó al cántaro de cerveza, y por vía de respuesta tomó un gran sorbo del líquido.

—Tú apuras los líquidos con facilidad, Sammy, — dijo Mr. Weller, mirando el interior del cántaro, cuando su primogénito lo puso medio vacío sobre la mesa; —hubieras sido una buena sanguijuela si hubieras nacido en el oficio.

—Lo creo, — contestó Sam, atacando la vaca fría con vigor considerable.

—Estoy muy incómodo, Sammy, — dijo Mr. Weller,

—de ver como te has dejado engañar por ese hombre violeta; yo había creído que las palabras *Weller y engañado* rabiaban de verse juntas.

—Excepto en el caso de que hubiera una viuda por medio, — dijo Sam.

—Las viudas, — replicó Weller, — cambian un poco de color, son excepciones en todas las reglas; y ahora, — continuó consultando el reloj, — ahora es tiempo de ir al despacho á tomar mis billetes para el viaje y á hacer cargar el coche; porque los coches, Sammy, son como los cañones; es preciso cargarlos bien antes de que partan.

Sam Weller acogió con una sonrisa filial aquella frase de su padre y profesor; Weller continuó en tono grave y conmovido.

—Voy á dejarte, — dijo, — y no sé cuándo nos volveremos á ver; tu madrastra puede hacer alguna fechoría; pueden ocurrir muchos incidentes antes que recibas noticias del famoso Mr. Weller. El honor de tu familia está en tus manos, y yo espero que cumplirás tu deber: por lo demás, yo sé que puedo fiarme de tí como de mí mismo. Así es que no tengo sino un pequeño consejo que darte: si pasas de los cincuenta años y te ocurre casarte, enciértrate en tu cuarto, si es que lo tienes, y una vez encerrado, envenénate sin dilación.

Mr. Weller miraba á su hijo al pronunciar aquellas patéticas palabras: cuando terminó, dió lentamente una vuelta sobre sus talones, y desapareció.

Sam Weller quedó preocupado con los consejos de su padre. Salió de la posada de *El Gran caballo blanco* y dirigió sus pasos hacia la iglesia de San Clemente; hacia tiempo que paseaba por los alrededores, cuando de repente quedó estupefacto ante una aparición que describiremos inmediatamente.

Mr. Sam Weller estaba ocupado en contemplar las viejas casas de ladrillo rojo, y apesar de su abstracción profunda, lanzaba de tiempo en tiempo miradas intencionadas á las frescas criadas que abrían una ventana ó levantaban una cortina, cuando la puerta verde de un jardín se abrió y salió de ella un hombre, que, cerrando cuidadosamente tras sí, se adelantó hacia donde estaba Sam.

Cuando este hombre notó la presencia de Sam, vaciló, se detuvo, y pareció no saber que partido tomar; sin embargo, como la puerta verde estaba cerrada detrás de él, y como no había otra salida, tuvo que decidirse necesariamente á pasar por donde estaba Sam; el aceleró el paso, y avanzó mirando á la derecha: lo más particular era la manera horrible con que contraía sus facciones, haciendo las muecas más espantosas que se